

La casa que canta

Renato Peralta

Cuando un arquitecto construye su casa, quiere poner en ella todo lo que sabe, lo que aprendió solo, lo que vio y le gustó, lo que vio en revistas.

Suele ocurrir en un momento de la vida en que se tienen muchas necesidades, mucha imaginación. Y no se tiene plata.

Al revés, cuando el arquitecto viejo hace su casa, las necesidades no son las mismas, la imaginación no ha disminuido: sabe que todo lo que está hecho no siempre está bien hecho, que las fotografías de las revistas falsifican la realidad. Tiene experiencia y tampoco tiene plata.

Hace cuarenta años, hice mi casa: una casa de dos plantas con sótano y terraza, climatizada con energía natural, que se calienta por ganancia directa: todos los cuartos abren hacia el Norte, el Sur cerrado completamente. La ventana del baño en planta alta, abre hacia el Oeste, por lo cual ventila bien y es cálido.

La casa se enfriá por efecto chimenea: la escalera actúa como conducto vertical que abre en la terraza, hacia el Oeste: lo cual produce un efecto de succión. A sotavento -a la sombra del viento- hay depresión. En Córdoba casi no hay vientos del Oeste; de mil observaciones sólo nueve son del Oeste por lo cual, las aberturas hacia el Oeste extraen aire caliente.

En verano, de noche, cuando la temperatura del aire exterior es inferior a la del aire interior, se abre la salida de la escalera: o se abre la ventana del baño. Se produce un tiro vertical que arrastra el aire caliente y enfriá por ventilación intensiva la masa de la construcción. Además, induce el aire frío del sótano, que colabora en el proceso de enfriamiento nocturno.

La fachada Este se eleva, para que proyecte sombra sobre la terraza.

Durante el día las cortinas de enrollar están levantadas en invierno, cerradas en verano. De noche, al revés.

Estaban de moda las casas blancas. La casa es blanca, pero debía verse de colores. Para lo cual aplicamos el fenómeno de la "cámara oscura".

Si a una caja cerrada, se le reemplaza una de las caras por un vidrio esmerilado y en la cara opuesta al mismo, se le hace una perforación muy pequeña, expuesto el agujero al paisaje, se verá en el vidrio todo al revés: las copas de los árboles hacia abajo, la gente caminando pies arriba. Es el principio de la cámara fotográfica.

Lo descubrí siendo chico. Con una flecha perforé el postigo que oscurecía mi cuarto, por el agujero penetraba un rayo de luz que proyectaba en la pared opuesta, todo el exterior "patas para arriba". No existía la televisión, por lo cual pasaba horas mirando "cine gratis". Razoné: si con un agujero tan chico veo tanto, con un agujero más grande veré mucho más. Agrandé el agujero con un cortaplumas. Desilusión: las figuras se convirtieron en manchas de colores, que variaban en las distintas horas del día y en las distintas épocas del año. Lo apliqué al proyecto de mi casa. La medianera Norte está perforada a partir de cierta altura, lo mismo que los tabiques interiores y el muro que sostiene la escalera transparente, sin contrahuellas.

Los agujeros tamizan el sol del Norte; además, cada uno sirve para algo: uno es la repisa del teléfono. Otro alto, es el teatrino de títeres. El hueco de la escalera es el estacionamiento del coche del bebé. Algunos agujeros, cerrados con vidrios esmerilados, ocultan lámparas eléctricas.

Hicimos una maqueta, la expusimos al sol: la teoría se cumple.

Construida la casa, los rayos de luz, tamizados, proyectan manchas de colores sobre el muro ciego del Sur.

Los huecos tienen intenciones plásticas. Mondrian era admirado por nosotros.

Imaginativos, el recorrido de la casa depara sorpresas: rincones, juegos de luz y sombra, modelados en el revoque. Cuando parece que no hay más, subir al techo para reparar el flotante del tanque de agua, permite descubrir un poema.

Leímos entonces, un libro que es una lección de arquitectura: "Eupalinos o el arquitecto" de Paul Valery, un poeta. Eupalinos da consejos. En alguna parte enseña: "*En la obra no hay detalles*". El dice aquello de: "*Hay casas que cantan, casas que hablan y casas que no dicen nada*".

-¿Mi casa va a cantar? -preguntó mi mujer.

Un atardecer recorría la obra desierta. Soplaba viento del Noreste, el de mayor frecuencia en Córdoba. Comenzaron a oírse sonidos agudos, graves, que crecían, disminuían. Asustaba un poco.

-La casa va a cantar -dije en voz alta.

Busqué a un colega, condiscípulo, hombre de talento: el arquitecto Rodolfo Mauvesín, poeta, músico, pintor.

-Hay que afinar la casa -me dijo

Con su guitarra, y la complicidad de un albañil boliviano, comenzamos a tapar agujeros y abrir otros. Trabajábamos los días en que soplaba el viento favorable. Rodolfo con su guitarra, el albañil con tablas y después ladrillos.

El sótano actúa como caja de resonancia. La puerta de calle es una cuadrícula de madera con un postigón de vidrio del lado interior, que permite variar el caudal de aire. La mayor o menor apertura del postigón regula la intensidad del sonido.

Postigón cerrado y ventana del sótano cerrada: silencio. Sería espantoso soportar un órgano dentro de la casa cuando no lo queremos.

Yo trabajaba en la Universidad del Noreste. Recibí un telegrama:

"La casa canta. Cuatro octavas y sus armónicas"

Volé a Córdoba. La casa cantaba. Gracias, Rodolfo.

Comenzamos a estudiar el tema. Encontramos antecedentes en las liras eólicas romanas, los órganos de viento de los griegos: conductos donde el aire produce sonidos por fricción o vibración de cuerdas -tripas de animales- cerrando aberturas. Membranas vibradoras en muros externos, expuestos al viento.

Las casas de la arquitectura china primitiva, con campanitas en los bordes de sus largos aleros curvados.

La mezquita que Mahoma hizo construir en Sanaa, en el 628 de nuestra era, de veinte pisos, con cuatro leones de bronce cuyas fauces abiertas rugían por efecto de las ráfagas del viento. No existe ya, los lugareños dicen que los leones rugen cuando sopla el viento entre los minaretes "que le elevan al cielo como forma de acercarse a Dios".

Otro caso encontramos en un club de bebedores -creo que en Suiza- en el cual construyeron una pared con botellas: vacías claro, con los picos hacia el viento más frecuente. Cuando se sopla una botella, suena. Llenaron las botellas con agua, a distintos niveles: lograron una melodía.

En aquellos ejemplos, el sonido no era controlable. La Casa que Canta puede estar callada.

Cuando venían visitas, mis hijos pequeños decían:

- Mamá enchufá la casa.

Mi mujer bajaba al sótano, abría la ventana; trepaba a la terraza, abría la puerta de la escalera al oeste. Bajaba, regulaba el postigón de vidrio de la puerta de entrada. La casa sonaba como un órgano.

O no sonaba si no había viento, o la velocidad del viento no era suficiente.

En aquellos años, los grabadores eran unos monstruos caros, con enormes carreteles de cinta.

Precisábamos verificar nuestro ensayo.

La intención era medir la dirección y velocidad del viento. Y grabar el sonido. Pedimos colaboración.

- Es interesante. Pero no creo que sea un aporte a la arquitectura -fue una respuesta.

Estudiantes de una universidad privada visitaban la casa, hasta que hubo que echarlos.

Parte de la prueba de ingreso a la docencia, en la Universidad Nacional del Noroeste, en aquellos años, consistía en mostrar una obra hecha por el aspirante. No importaba su escala:

"No es más arquitecto quien hace edificios mas grandes"

El arquitecto Roberto Champion, un maestro, presidía el jurado de admisión. Lo llevé a ver la Casa que Canta. La visitó pacientemente, escuchó razones, siempre en silencio. Cuando nos despedimos, me dijo:

-Lo que usted hace a mí no me gusta. Pero me agradaría que lo enseñara a mis alumnos.

Doce años después, aquello que descubrimos por casualidad, lo hacían los judíos, pensadamente, en el monumento a los Caídos en Beer Sheva. Una forma plástica asentada en la soledad, que produce música cuando penetra el viento. Un lamento, quizá.

En Helsinki, Finlandia, el monumento a Sibelius es una composición en tubos metálicos. Una melodía extraña la envuelve. No es el alma del músico. O sí, cabalgando en el viento.

Los diarios informaron de un edificio silbador en Manhattan, Nueva York, de 72 pisos: el Cityspire. Los vecinos se quejan por el ruido doloroso que produce. La causa es la cúpula acanalada: según sople el viento, emite un silbido muy fuerte, por el mismo principio por el cual suenan las botellas. También se lo escucha, como si el silbido saliera del pozo del ascensor.

Mostré la casa que canta cuando visité la Universidad de Oregon. Me contaron que en Nuevo México hay una pequeña hostería con techos a dos aguas de chapa galvanizada. El agua de lluvia escurre por los faldones, cae en las canaletas y baja por caños verticales hasta unas chapas sueltas, que agitadas por el agua producen una canción.